



La foto-escultura: el retrato más mexicano

Pamela Scheinman

El domingo 7 de septiembre de 1984 descubrí un lote de portarretratos en La Lagunilla. Eran puros bustos de cedro rojo. Habían recortado la cara y los brazos de una ampliación fotográfica que pegaron y colorearon como la piel. También con la talla en relieve asemejaron la ropa y adornos miniaturizados. Una novia todavía mostraba su velo de tule trapajoso, mientras que dos niñas tímidas apenas pudieron sonreír en sus vestidos fruncidos. Captaron toda mi atención por su calidad surrealista y rara. En ese mismo instante me transformé en coleccionista e investigadora de la foto-escultura.

PÁGINA ANTERIOR
*Foto-escultura de caballero
con marco victoria.*
Col. Pamela Scheinman

Nadie sabe, por cierto, quién inventó la foto-escultura. La mayoría de artesanos nombran a Rafael Coria, pero algunos dicen que él era nada más vendedor o que otra persona fue el inventor. Los primeros ejemplos parecieron muy sencillos. Unos trazos de la gurbia, nada más para definir el collar, la camisa o la solapa del saco. La ropa se pintaba con óleo. Los marcos ovalados eran tallados de la misma tabla gruesa, dejando un espacio vacío alrededor de la cabeza y los hombros, conocido como “la luz adecuada.” La foto-escultura se estrenó como novedad más o menos contemporánea de las ampliaciones redondas o “medallones.”

La técnica de iluminar los “lienzos” montados con engrudo (un pegamento elaborado con harina cocida en agua) sobre una tela y bastidores, llegó a México desde España y Estados Unidos a finales del siglo XIX. Primero borraron los defectos de la ampliación fotográfica con cianuro y dieron un tono de sepia más vivo y natural. De preferencia usaban Kodak Solar T, un papel delgado y absorbente. Luego aplicaban colores de diversos tipos: crayón, pastel y/o acuarela; el aerógrafo facilitaba mucho a matizar y sombrear. Cada retocador mezclaba celosamente sus tonos básicos para la tez blanca, apiñonada o morena. No deseaban que los clientes salieran como camotes.

Un retocador siempre hacía mancuerna con un dibujante. Trabajaban en equipo, uno tras otro. El dibujante delineaba las pestañas, el cabello, etcétera y metía las luces en los ojos. La misma gente se dedicaba a retocar la foto-escultura, pero necesitaba una mano muy ligera y sutil para lograr una buena semblanza. No todos eran capaces.



IZQUIERDA
Foto-escultura de Marcos Pérez Jiménez, presidente de Venezuela. ca. 1958
Col. Pamela Scheinman



DERECHA
Muestras del vendedor norteamericano Jerome Goldberg que incluyen a: Barry Goldwater, senador de Arizona y candidato republicano para presidente de los E.E.U.U.; arquitecto Frank Lloyd Wright y general Douglas MacArthur, ca. 1960.
Col. Pamela Scheinman

Entre los del oficio siempre discutían cuál era más importante: el retoque o la talla. Aunque la disputa corresponde a la del huevo y la gallina, es obvio que en el caso de la foto-escultura cualquier fotografía —que sea plegada, manchada o rota— servirá. A veces tuvieron que adivinar los rasgos o inventar la ropa. Echaban la culpa a los vendedores cuando el cliente rechazaba un retrato, por haber sugerido una cambiar el peinado o vestir a un campesino con traje y corbata.

Los artesanos empezaron a trabajar con las fotos que el vendedor ambulante llevaba, andando de casa en casa. Él trataba de conseguir dos fotos, una para el rostro y otra para la ropa, pero a veces el cliente le daba una sola foto de su querida abuelita o papá ya difunto. Mandaban hacer pruebas en blanco y negro en papel de doble peso y las pegaban sobre la madera con cola, después de tallar la silueta en madera.

El arte consiste en darle una vida similar a la escena de la película *El Mago de Oz*, cuando cambia de repente desde el blanco y negro de Kansas hasta los zapatos rojos sobre el camino dorado. Pero el secreto de la foto-escultura, que le distingue de su compañero el lienzo, o de la ampliación retocada, es el volúmen y movimiento dado por la talla sobre la madera. Estrictamente se califica como *collage* o ensamble, un conjunto integrado por la foto, la pintura, el dibujo y el relieve.



¿Cómo identificamos a los autores? El problema es complicado porque no solían firmar sus obras. De vez en cuando la casa amplificadora ponía su etiqueta, pero cuando la foto-escultura se comercializó y sacaron grandes cantidades de pedidos, a veces un vendedor tenía que repartir su trabajo entre varios artesanos y las obras no salían igual. Además, para lograr una producción aun más rápida deieron especializarse. El busto pasaba de despacho a despacho —entre el laboratorio, el retocador, el dibujante, el tallador, el ropista y el montador. Eran muchas manos, sin contar a los ayudantes y el cortador de vidrio biselado, quien clavaba tachuelas al frente y detrás para proteger el busto.

Foto-escultura de pareja vasca con marco sevillano.
Col. Pamela Scheinman

No se puede confiar en el estilo de la fotografía porque mandaron hacer foto-esculturas hasta cincuenta años después, pero el uso de material sí sirve. Durante las décadas de 1930 y 1940 la foto-escultura evolucionó: hicieron los bustos aparte para facilitar la talla y adoptaron medidas estándar, para adaptarlas a cualquier marco que deseara el comprador, mientras los modelos de marcos seguían cambiando para dar antojo al cliente y propiciar la competencia. La pintura de *gouache* no brillaba como óleo y era más parecida a la tela. Según los artesanos, la baja calidad de los papeles fotográficos y la pintura en ocasiones deterioraba las obras. A la par de la urgencia de sacar pedidos a tiempo se luchaba con el reto de superarse.



Una de las mejores foto-esculturas que poseo es de formato grande para colocarse en la pared. Sin duda fue un pedido especial, probablemente un retrato conmemorativo. Muestra un hombre maduro, de cuerpo entero, sentado en una silla. Procedía de la colonia Santa María la Ribera, junto con dos piezas adicionales: un busto en marco ovalado del mismo señor y un busto grande de su esposa o hermana sobre un fondo de madera. Los marcos rectangulares decorados con hojas recuerdan a los muebles voluminosos tallados en el mismo estilo. Se ve la finura de la talla en la textura de la tela, hecha con un clave martillado sobre la superficie. El traje inglés con chaleco y reloj de bolsillo indica una persona adinerada.

El intento de reproducir en volumen una foto del estudio con su telón ambiental es notable. La figura en relieve está pegada sobre un fondo pintado. Siempre fue difícil lograr la perspectiva, especialmente con los zapatos (o sombreros) tallados, pero aquí hasta los contornos de la silla hacen una ilusión convincente. Lleva la etiqueta "Foto-escultura y pintura. Patente No. 28515. 17 de julio 1928. Juan Olivares, Querétaro, Qto". Es la fecha más temprana que tenemos registrada. El vendedor Enrique Aguilar (nacido en Querétaro en 1911) me dijo que Olivares se trasladó a Guadalajara y que él le conoció ahí en 1936. Creía que Olivares fue el creador de la foto-escultura.

Hoy en día las nuevas tecnologías digitales casi han acabado con los retocadores de fotografías que trabajaban a mano atrás de la Catedral Metropolitana. Bruno Eslava Molina, el último tallador en la Ciudad de México se retiró del Centro Histórico en 1987. A la edad de 82 dice sentirse como un dinosaurio. La foto-escultura prácticamente ha desaparecido.

El afán reciente para adquirir foto-esculturas por parte de museos y coleccionistas particulares reivindica su valor no solamente como un registro histórico y social, sino como un objeto de arte decorativo. La talla en relieve y el marco con sus vidrios al frente y atrás transformaron completamente la foto plana en blanco y negro. De la tecnología importada hicieron una forma de arte única en el mundo fotográfico.

Mientras la definición del arte popular mexicano tradicionalmente encuadra un artesano indígena y rural, la foto-escultura producida en la Ciudad de México (luego en otras ciudades de la República y hasta por artesanos mexicanos contratados en Colombia) merece reconocimiento. Se hizo muy mexicano por la excelencia de su colorido, dibujo, talla y decoración; una verdadera artesanía, muy viva y fiel a la realidad.

O más bien un ejemplo de hiperrealismo. En muchos casos la clientela permitió las modificaciones adecuadas para conformarla con los valores culturales de belleza, dignidad y devoción. Durante el auge de la foto-escultura el país se modernizó y la población del Distrito Federal aumentó de modo considerable. Todavía un lujo, la foto-escultura quedaba al alcance de un público vasto por ser vendida en abonos, y entonces se volvió un objeto de estatus.

Colocado sobre una mesita, un ropero o una repisa, el retrato en relieve representa una presencia fuerte, substituyendo al ser querido. Parece un monumento doméstico o un santo casero. La novedad se convierte en un objeto con significado cultural, capaz de rebasar a la muerte o al menos ablandar su dolor. El difunto "vive" entre su familia y así lo recuerdan contando a sus hijos la historia de quiénes son.

PÁGINA ANTERIOR
*Foto-escultura
de hombre sentado.*
Etiqueta: Juan Olivares,
Querétaro, Qto., ca.1930.
Col. Pamela Scheinman